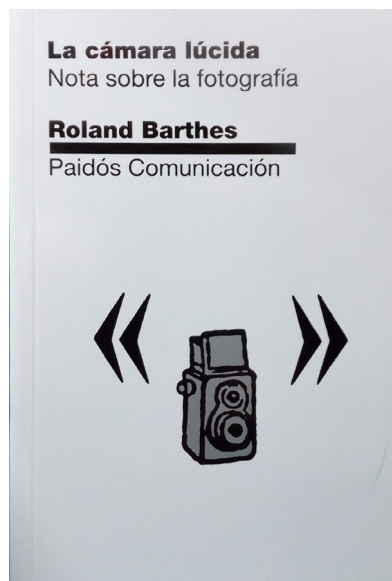


Autor: Roland Barthes
Título: *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*
Colección: Paidós Comunicación/43
Editorial: Ediciones Paidós
Número de páginas: 144
Autora de la reseña: Carme Echazarreta Soler



Reseña sobre “La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía” de Roland Barthes.

Constituye la parte final de la última trilogía de Roland Barthes. Es un libro crepuscular pues Barthes murió atropellado por una furgoneta de reparto días después de la publicación de este libro en el que, irónicamente, la muerte adquiere un protagonismo asimilable al instante fugaz de la realidad asida por la fotografía. Roland Barthes parte de una reflexión sobre la fotografía, en la que él mismo se convierte en objeto de estudio. Ahonda en sus recuerdos, en su psique, y llega al subconsciente para hallar las claves que pueden hacernos conectar con determinadas fotografías. La muerte es el hecho inapelable, el instante último hacia el que todo tiende.

Barthes entiende la fotografía como ese instante en que la vida se paraliza en el reino de lo inmóvil. El texto nos hace reflexionar sobre el paso del tiempo como fuga infinita. Impelido por la necesidad de atrapar el instante, se lamenta de que “la Fotografía reproduce al infinito lo que únicamente ha tenido lugar una sola vez: la Fotografía repite mecánicamente lo que nunca más podrá repetirse existencialmente”. Desde el nihilismo más recalcitrante, Barthes recurre al Budismo, *sunya*, para designar el vacío lo que le conduce a interrogarse por el sentido de la vida sorprendentemente con una actitud casi *naïf*. Sus dudas son en apariencia absurdas que paradójicamente interperpelan certezas como “la Fotografía nos remite a la repetición incansable de la contingencia”. Inevitablemente se remite a la tautología de Matisse, “en la imagen, una pipa es siempre una pipa”.

Sin evitar la paradoja dicotómica, “la Fotografía lleva siempre su referente consigo, estando narrados ambos por la misma inmovilidad amorosa o fúnebre”, Barthes no duda en concebirla como una dualidad intransferible, el Bien y el Mal, el deseo y su objeto.

Insistiendo en la contingencia y en la fugacidad de la vida, no desaprovecha la ocasión de recordarla con "esta fatalidad (no hay foto sin algo o alguien)", "hay en toda fotografía: el retorno de lo muerto".

Con una semántica reiterada aludiendo a la muerte, al final de la vida, con términos como fúnebre, fatalidad, aterrado, "aterrado el Fotografo debe luchar tremendamente para que la Fotografía no sea la Muerte", Barthes exhibe una inquietante sensibilidad por el tramo final de la vida, al que se aferra a través de su huella en la fotografía.

Se lamenta del juego icónico y perverso al que le somete la fotografía de si mismo pues dese- aría que su imagen, móvil, sometida "al traqueteo de mil fotos cambiante", coincidiese siempre con su «yo» (profundo).

Y no olvida su posición de maestro con la síntesis, "Una foto puede ser objeto de tres prácti- cas (tres emociones de tres intenciones): hacer (El Operator), experimentar (Spectator), mirar (Spectrum). Pero sumido en la tristeza de quien mira la vida por el retrovisor, y seguramente en un ejercicio de autocrítica, Barthes critica con desprecio la obra fotográfica de colegas fa- mosos, "qué me importan a mi los viejos troncos de arboles de Eugene Atget, los desnudos de Pierre Boucher, las sobrepresiones de Germaine Krull y Mapplethorpe, de quien enfatiza que no le gusta en absoluto. Abducido por la tautología de "la ciencia eidética de la Foto", persiste en ese sentimiento irreductible de que la fotografía, esencialmente, no es más que contingencia, singularidad, aventura".

Baudelaire, Sartre, Calvino, Proust, referentes recurrentes en Barthes, surcan el texto con sumi- sa reverencia y admiración, que a su vez impregnan su universo mental, de las ideas falalistas sobre la vida.

Una reflexión que provoca cierta ternura es su sorpresa al aprender "un infra-saber" obser- vando la fotografía El Primero de Mayo de 1959 en Moscú de William Klein, pues descubre con detalle la voluminosa gorra de un muchacho, la corbata de otro, el pañuelo de cabeza de la vieja, el corte de pelo de una dolescente, etc., pues Barthes siente una profunda admiración por la Fotografía per se. En este espacio habitualmente tan unario, a veces un «detalle» le atrae. Siente que su sola presencia cambia la lectura, "miro una nueva foto, marcada a mis ojos con un valor superior". Este detalle es el punctum, se lamenta que raramente, lo que le punza cuando, paradoja, aunque permaneciendo como «detalle», llena toda la fotofografía.

Ideas punzantes, mirada insistente, en la brevedad de las frases *haikus* "pues la notación de *haikú* es tambien indesarrollable: todo viene dado, sin provocar deseos o incluso la posibilidad de expansión retórica. En ambos casos se podría, se debería hablar de inmovilidad viviente: "ligada a un detalle (a un detonador), una explosión deja una pequeña estrella en el cristal del texto o de la foto: ni el *haikú* ni la foto hacen sonar".

Búsqueda incesante de la esencia, lo que conmueve, lo que suscita la pulsión explosiva de la Fotografía a través de la mirada inocente hasta que deja de serlo. El matiz y la sutileza se entrecruzan en este último ensayo de Roland Barthes, trufado de nostalgia como si presintiera su muerte. En las últimas páginas descubrimos la razón: Una tarde de noviembre, poco tiempo

después de la muerte de mi madre, yo estaba ordenando fotos. No contaba «volverla a encontrar», no esperaba nada de «esas fotografías de un ser ante las cuales lo recordamos peor que si nos contentamos con pensar en él» parafraseando a Proust. “Lo que yo quería era, según el deseo de Valery a la muerte de su madre, escribir una pequeña obra sobre ella, para mi solo”.

La Cámara Lúcida es la expresión escrita de la lucidez de su autor, cuyos escritos y reflexiones de la imagen fotográfica, han servido para construir el gran corpus teórico y científico sobre el lenguaje que más lo atrajo, le inquietó y le sedujo: LA FOTOGRAFÍA.